



## REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I.

5 de Enero de 1872.

Núm. 13.

### LA ESPERANZA.

(Conclusion.)

Pero esta memoria de los cielos, tan vaga é incierta como un sueño despues de despertar, necesita que la fé la reanime, y que la esperanza la sostenga. La esperanza, dulce donativo de Dios, lámpara confiada por El al hombre despues de su caída, para iluminarlo y guiarlo entre las tinieblas que su falta amontonó en derredor suyo, antídoto poderoso presentado al *hombre moribundo por haberse envenenado con el fruto de la vida*, (1) suave perfume infundido á las flores que Dios reparte en su triste camino, preludio de un mundo mejor, signo, en fin, de nuestra inmortalidad. La esperanza recibe al hombre en la cuna, y si el ángel Custodio protege su virtud, la esperanza encanta y regocija su marcha en la vida; dá siempre un paso delante de aquel, y su luz, dulce y celestial, atrae al hombre sobre sus huellas. La esperanza embellece su porvenir, y le

dá el color de su prisma mágico. Si alguna vez parece que lo engaña, es porque el hombre juzga antes de haber llegado al fin de su carrera. Entonces, solamente allí, en el seno de Dios, en medio de los resplandores eternos, la esperanza habrá llenado su mision sublime y misteriosa, porque es el ángel que debe conducirlo al cielo en sus blancas alas.

Con la esperanza, no hay dolor que no se dulcifique; hasta la muerte pierde su aspecto repugnante, y el hombre la mira sin palidecer.

«Sobre el borde de la tumba, vela por él todavía la esperanza.

La diosa se presenta á sus ojos contristados rica de nuevos atractivos y brillante de esplendor.

Y él se arroja con ella mas allá de la tumba;

Donde renace su juventud brillante é inmortal.

La miseria y el sufrimiento, reciben la paciencia en el seno de la esperanza; ¡Ah! bajo la cabaña oscura, fiel testigo de su padecer,

La religion santa habia colocado la esperanza;

(1) Génesis.

La esperanza sostuvo su valor y mitigó sus dolores,

Dulcificó su herida y enjugó su llanto;  
Y mostrándose todavía en su postrera hora,

Otro mundo mejor y un destino mas próspero,

Por males pasajeros una dicha sin fin,  
Lo llevó sonriendo á las puertas del cielo (1).»

Hay dos clases de esperanza:

La esperanza, instinto humano que conduce el pensamiento del hombre hácia su posición en el porvenir, sentimiento dulce y lisonjero que le hace soportar el mal que puede sufrir con la expectativa de otra suerte mejor, ó que le hace gozar sin temor de la felicidad presente por la confianza en su educación. Los antiguos hicieron divinidad de este sentimiento consolador y la representaban bajo la figura de una jóven doncella que llevaba un lirio en la mano: sus emblemas eran un áncora, un nido de pajarillos y un ramo de hojas ó de flores en el instante de desarrollar.

El verde es el color simbólico de la esperanza.

Conforme al dogma cristiano, la esperanza, no solamente es una obligación impuesta al hombre por la voluntad de Dios, sino que además es un don sobrenatural, cuando tiene por objeto la bienaventuranza eterna: por ella debe esperar el culpable, que merecerá por su arrepentimiento una ventura que al parecer no pertenece mas que al inocente. La esperanza es entonces una virtud teológica. Sigue á la fé que la sostiene, mostrándole la omnipotencia, y precede á la caridad que la afirma, enseñándole un Redentor.

Considerando la esperanza bajo esta doble acepción, de sagrada y profana, encontraremos que llena toda la vida entera del hombre; ya es una hada que le adormece con su cántico mágico; ya es el ángel que le muestra el cielo y le asegura la clemencia de Dios. En el cuadrante del tiempo borra la hora presente, adornando con su prestigio la

hora venidera, para reemplazarla muy pronto con la otra siguiente, y conducir así al hombre de instante en instante hasta el minuto solemne en que lo lanza en la eternidad.

JUAN SOLIS GIL.

## LA ESPOSA DE FARFAN.

### TRADICION.

(Continuacion.)

#### III.

Muchas veces el sol ha derramado  
Sus torrentes de luz sobre la tierra  
Y ha desplegado tétrica la noche  
El fúnebre crespon de sus tinieblas.

Desde que aquel ejército que en Córdoba  
Vimos salir para la heróica empresa  
De abatir la orgullosa media luna  
Y enarbolar de Cristo la bandera,  
Ciñe constante en apretado cerco  
Que del infiel irrita la soberbia;  
Los muros impidiendo las salidas  
De la anhelada villa de Antequera.

Mas los moros cien veces han jurado  
Antes sufrir la muerte en la defensa  
Que al cristiano rendidos entregarse,  
Juzgándolo baldon, infame mengua.

Y se retarda el sitio, y nuestros fieles,  
Con impaciente afán, há tiempo esperan  
Para batir los muros, las bastidas  
Que á su heróico valor ábranse brecha.

Y cada vez que el sol, sobre su trono  
De lumbre y de fulgor áureo se muestra,  
Creen que ha lucido ya, radiante el día  
En que lleguen las máquinas que anhelan.

Y luego, cuando allá en el horizonte  
Su lumbre apaga y de crespon se vela,  
Y la noche á la vez con negras tintas  
Borra en el cielo su encendida huella,

Quién un suspiro exhala de su pecho,  
Quién con hondo pesar se desalienta,  
Quién maldice al infierno conjurado,  
Quién á sus anchas vota y desespera.

(1) Saint Victor.

Que en el abismo del pasado tiempo  
 Aquel día se hundió ¡suerte funesta!  
 Trocando en humo la ilusion de oro,  
 Que las ansiadas máquinas no liegan.  
 Y ya en las tropas castellanas cunde  
 El tédio, el desaliento, la impaciencia,  
 Y hay mas de un corazon, torpe y menguado,  
 Que una cobarde pretension encierra.

Vémoslo así una vez, cuando en silencio  
 Su manto de terror la noche ostenta,  
 Ocultarse con él varios soldados  
 Y entrar con precaucion en una tienda.

Hay allí cotas, cascos y celadas,  
 Armas con profusion, lanzas, ballestas,  
 Espadas de Toledo cuyas hojas  
 A la luz de una lámpara destellan.

Mas, ¿de qué sirven ¡oh! si miserables  
 El miedo y deshonor allí se albergan?  
 ¿Si el angel del valor, de aquel recinto  
 Huyóse fulminando una anatema?

En medio de la tienda hallan un hombre,  
 Al rededor del cual todos se sientan,  
 Que honda lucha interior muestra en el rostro,  
 Con palidez mortal mas que de cera.

Clava en la tierra triste su mirada,  
 Con recelo despues la alza y rodea  
 Cuanto hay en su redor, teme sin duda,  
 Y dice en baja voz, que acaso tiembla:

«Compañeros: sabéis que ha muchos dias  
 Que al cristiano seguimos en la empresa,  
 De atacar sin batidas, insensatos,  
 Los formidables muros de Antequera.

¿Qué logramos, decid, en tanto tiempo  
 Mas que perder el crédito y las fuerzas  
 Habiendo de acabar alzando el sitio  
 Con eterno baldon, con torpe mengua?

Pero hay aun mas; siguiendo esta locura,  
 No dudeis mis amigos, nos espera  
 En estos campos lamentable muerte,  
 Tan afrentosa y triste como cierta.

¡Acaso ignorais que aunque los nuestros  
 De la villa en cuestion guardan las puertas,  
 Han logrado los moros la salida  
 Por subterránea, maldecida cueva!

¡Y han podido llegar hasta Granada,  
 Donde sin duda, fiero ya se apresta  
 Un numeroso ejército que viene  
 A vengar á los moros de Antequera!

¿Qué será de las tropas castellanas,  
 Si esas soberbias tropas las estrechan?  
 ¿Si fuego destructor llueve de adentro  
 Y alfanges por doquier hallan por fuera?

¡Adios, entonces, sueños de ventura,  
 Hijos de nuestro amor, esposas tiernas,  
 A quien legamos solo en nuestra muerte  
 Luto y desolacion, llanto y pobreza!

Ni aun para ornar nuestra ignorada tumba,  
 Un mezquino laurel habrá siquiera,  
 Que quien se espone á temeraria muerte,  
 El oprobio merece y la vergüenza.

Para impedir tan horrosos males,  
 Un medio nada mas, uno nos queda  
 Y es..... apelar á la secreta fuga,  
 Que en vez de deshonor será prudencia.»

A este discurso de Farfan, que él mismo  
 Es quien cobarde habló de esta manera,  
 Oyese en su redor sordo murmullo,  
 De pánico terror que el alma hiela.

Pánico, que envolviendo en negra sombra  
 De gloria y de lealtad la clara estrella,  
 Hace que aquellos míseros, cegados,  
 Sigam del deshonor la torpe senda.

Y siempre con recelo temeroso,  
 El plan de deseracion todos conciertan,  
 La hora fijan despues, é inventan medios  
 De ganar ó evadir los centinelas.

VICTORINA SAENZ DE TEJADA.

(Se continuará.) 108

## UN DIA DE OCIOS.

POR EMILIO SOUVESTRE.

(TRADUCCION.)

(Continuacion.)

Contemplad al labrador que entra que-  
 brantado por el trabajo del día. Pobre y sin  
 protector, él ha querido ser la proteccion  
 y la riqueza de su familia. En los sitios ári-  
 dos de la montaña, él ha paseado el arado;  
 de las aguas que encharcaban la cañada

él ha formado acequias; las cerezas y manzanas silvestres que crecían en la ladera de la montaña, las ingerta con sus manos, en la seguridad de que si él no llega más que á ver las flores, sus hijos al menos recogerán el fruto.

Su cuerpo se ha gastado en esta larga lucha contra la naturaleza; ¡vedle allí sentado con sus miembros surcados, su cabeza inmóvil, sin voz y sin miradas! ¡Pero no temáis nada por él, que la luz que le alumbraba, es la luz de su hogar, aquella mujer que le mira, es la que él ama, esos niños que se calientan á sus pies, son los que le dan el nombre de padre!

No temáis nada; ¡pronto bajo estas dulces influencias su cuerpo entumecido volverá de nuevo á la vida! La voz de la familia canta armoniosamente al rededor de su corazón, y su espíritu recobrará las fuerzas.

Si la tarea es pesada, Dios ha puesto á su término una recompensa que la hace fácil: ¡el amor de aquellos que viven para él!

.....

Baston.—Esta palabra me recuerda una tradición que mi padre me ha contado muchas veces, y que voy á escribir aquí con el fin de no olvidarla nunca.

Meggy, era una pordiosera de las cercanías de Invernes, pero que poseía un tesoro, por el cual muchas gentes hubieran podido darle sus riquezas.

Este no era ni la taza mágica en donde el vino corre como de una fuente, ni el ducado de incubación que hace nacer otros ducados, ni la sortija que transporta á largas distancias, ni menos el sombrero que vuelve invisible.

La anciana Meggy, no poseía más que un baston de madera, sobre el que un pastor había esculpido con su cuchillo una cabeza.

Más el baston, tenía un poder encantador, que era el de administrar justicia con más acierto que en los tribunales de Inglaterra; pues él reconocía en cada uno las acciones dignas de vituperio, castigándolas inmediatamente.

Cuando un grosero aldeano pasaba cerca de la anciana Meggy sin saludarla, el baston corría á él, escribiendo en las espaldas del rústico el respeto que se debe á la ancianidad y la pobreza.

Cuando un gentleman aturdido miraba descaradamente á la joven que al salir de su trabajo iba á reunirse á su madre, ó la dirigía palabras sobrado familiares, el baston volvía á emprender la marcha, para en-

señarle que no se debe ni atacar á los débiles, ni hacer enrojecer á los tímidos.

Al mercader que venía de la ciudad cargado de escudos ganados á fuerza de engaños, le recordaba que la probidad, es la patente obligación de todos los comerciantes.

Al juez que se dormía en la audiencia, le trazaba negras y encarnadas líneas para llamar su atención, y tenerle desvelado; al médico culpable de olvido ó ignorancia, le hacía magulladuras para que se curase.

¡Qué de veces ha caminado hácia vosotros, hombres sin piedad, que hallais y oprimis á vuestros hermanos, como lo hacéis con la yerba en los caminos!

¡Por vosotros, orgullosos, que mirais siempre altaneramente las cosas y las gentes, sin reparar en vuestra pequeñez!

¡Por vosotros los que sembrais el bien y el mal sin reparar en nada en vuestra ligereza!

¡Por vosotros, corazones mezquinos y vulgares, que guiados por vuestra miseria é ignorancia, creéis que todos se os asemejan!...

¡También el baston, se detenía cuando pasabais, animosos trabajadores, cuya conciencia marcha con la rectitud de un reloj; dulces consuelos de vuestras miserias, que sois aquí abajo el sol de los corazones, él se inclinaba ante vosotros, los seres que os ocupabais únicamente en esparcir el bien; ante los ricos siempre con sus manos abiertas para socorrer al desvalido; ante vosotros, génius, cuyos grandes pensamientos se deslizan como las aguas de una fuente, en provecho de todos!

Y, sin embargo, se dice que el baston de Meggy ha estado muchas más veces en camino, que en reposo y actitud de veneración: que ha dado más golpes que salutaciones.

Desde hace largo tiempo ha sido enterado con la anciana; nadie piensa en exhumarle, y si la casualidad le hiciese volver á aparecer en los países civilizados, todo el mundo se asociaría probablemente para quemarle.

ELENA CERRADA.

(Se continuará.)

## ALBUM FOTOGRAFICO.

## EL MATASANOS.

Sombrero de fieltro de inconmensurables alas, gaban color de pasa un tanto raído, pantalón á media pierna, descubriendo unas botas reñidas con el betun, cerbatín alto sujetando el cuello de una camisa que fué blanca quince días há, componen el traje del señor *doctor* como le llaman sus clientes.

Vedlo qué arrogante se presenta, caballero en un pollino ú oprimiendo los lomos de una jaca gallega, cuando á marchas forzadas le obligan á dejar su partida de golfo con el cura, el alcalde y otras eminencias del pueblecillo, para visitar al tío *Arrímeme* habitante en una casa de campo algo lejana de la aldea.

El bueno de *Arrímeme* se muere á escape. Su familia se hallaba muy satisfecha sin acordarse del médico, cuando su padre, la noche anterior, engullía á dos carrillos como un Eleogábalo, una sarten de torreznos. Llega por fin nuestro Galeno, examina al enfermo, el cual, á consecuencia de los menjurges y cataplasmas, que le propinó el pastor del ganado, se halla *in ex-tremis*.

El tal pastor, es uno de los muchos papanatas que dicen tienen *gracia* para curar ciertas dolencias, porque cree el vulgo verles en el paladar la figura de alguna imagen ó crucifijo.

La gravedad de la dolencia, hace casi inútil el viaje de nuestro tipo, que se desespera, no poder arrancar al paciente de las garras de la muerte; recétale, empero un medicamento que no se encuentra en la farmacópea, cual es que avisen al cura, para que le administren los sacramentos, pues el gloton se vá á paso ligero al otro mundo. Despues de recordar á la familia que no olviden el encargo, parte para la aldea con una buena dosis de mal humor, y un hambre capaz de hacerle antropófago.

Este es uno de tantos servicios.

Otras veces, lloviendo y con un frio que afeita, sacan de su lecho al pobre médico para visitar á otro enfermo: llega á la casa y ante todo ordena dieta rigurosa, porque encuentra el pulso frecuente, la lengua súcía y al paciente quejándose con amargura.

Previene que solo le den, caso de tener sed, algunos sorbos de agua templada con azúcar; se despide hasta el otro día, y cor-

re á su casa, por ver si puede descabezar el sueño.

Las gentes del campo tienen horror á la dieta, la creen áci'o prúsico, se revelan contra lo mandado, y la que mas alborota, es la mujer del enfermo, que sirvió á un boticario; y se cree entender tanto como el médico, califica de debilidad la dolencia que aqueja á su cónyuge, y le encaja gazpachos, y en seguida un par de chuletas; pero como quiera que su marido tiene sed, le deja se cuele un jarro de vino y.... aquí fué Troya. Llaman al médico; viaje, susto y sorpresa del idem que duda de la ciencia, al encontrar al enfermo delirante, y sin que haya fuerzas humanas que le detengan en el lecho. Continuan las visitas hasta que se declara una tifoidea, y el pobre médico paga la brutalidad de aquellas gentes, yendo treinta días á la casa, no sin ser llamado ocho ó diez veces á media noche, y temiendo que el mastuerzo se le quede entre las manos.

Pero no tiene mas remedio nuestro tipo, que sufrir esta y otras mil impertinencias, porque tal es su deber, en compensacion de unos honorarios exíguos. Unos le pagan la conducta ó *igualta* en trigo, otros en cebada, quien en maiz ó patatas, y algun otro en salvado, con lo cual consigue convertir su casa en exposicion agrícola, en la que se ven muestras de todos los cereales y legumbres que produce el bendito pais á donde su pícara suerte le ha llevado.

Porque, á decir verdad, son contados como los *padre santos* los que le retribuyen en metálico; por supuesto, que no conocen le paguen visitas de doblon, duro, peseta, aun dos realejos, y si alguno le paga de esta manera, se descuelga al cabo del año, entregándole á lo mas un par de duretes.

Regalitos: no hay que esperarlos; para el médico no hay Pascuas, ni santos, ni bodas: la igualta lisa y monda, y á veces no bien cumplida.

Nuestro héroe, que á su llegada trae ínfulas y mas prosopopeya que un médico de cámara, que se cree un Toca en la poblacion, va poco á poco bajando sus humos, al propio tiempo que van acortándose los luen-gos faldones de su levita, y concluye, pues la necesidad le obliga, á vestir la olvidada chaqueta, recuerdo de su noviciado estudiantil; deja á un lado el baston de puño de oro, empuña la llave inglesa, y deja sin muelas á toda la comarca, convirtiéndose en uno de esos dentistas callejeros que vemos en las ciudades.

Ya no tiene á menos codearse con el bar-

bero sangrador, y hasta forman una sociedad en comandita, para pelar las barbas de aquella gente. ¡De aquella gente que solo se lava la cara cuando las manos del ex-rapista se las remoja!

En medio del porvenir tan negro, se permite de vez en cuando salir de caza ó pesca, importándosele un ardite que los vecinos carezcan de la asistencia facultativa que tiene obligacion de prestarles.

Por todo lo dicho, querido lector, te habrás hecho cargo de que nuestro tipo, es digno por varios conceptos de mejor suerte, pero guárdate de caer en sus manos si tienes la humorada de pasar por su aldea y quedarte enfermo por unos cuantos dias: te morderá cual hambrienta sanguijuela, dejándote sin un cuarto, á fin de resarcirse de los perjuicios que sufre desde que pisó aquella tierra, para él algun dia de promision. Así la creyó cuando anunciábase en *La Gaceta* de Madrid la vacante de la plaza que á su despecho le obligó la necesidad á desempeñar, pero de tan mala gana, que cuando por incidencir se acuerda de sus enfermos, suele decir con el poeta:

*¡Que haya un cadáver mas, que importa al mundo!*

ROBERTO IRANZO PALAVICINO.

## EL PRIMER SUSPIRO.

(BALADA.)

I.

Eras niña, ¡muy niña!  
 ¡Tendrias siete años!  
 Yo era niño, ¡muy niño!  
 ¡Un año mas que tú tendria acaso!

Recuerdo que una noche,  
 Solos los dos estábamos,  
 Tu rubia cabecita  
 Rodeé silencioso con mi brazo.

—¿Me quieres? atreviése  
 A preguntar mi lábio;  
 y contestaste: «*bueno*»  
 Con la inocencia de los pocos años.

Del corazon entonces  
 Las fibras se agitaron,  
 Sentí fuego en mis venas,  
 Y un ¡ay! perdióse en el vacío espacio.

II.

Era yo un hombre, ¡un hombre!  
 ¡Cómo pasan los años!  
 Once haria lo menos  
 Que me habia de tí, niña, alejado.

No que lababa en mi mente  
 De tu imágen, ni rastro;  
 Los placeres, la crúpula  
 Me habian por completo trasformado.

Del mundo bullicioso  
 El vértigo insensato,  
 Me arrastró en su corriente,  
 Y yo corria, corria despeñado.

Mas ¡ay! que pronto el vicio  
 Me hirió con fuerte brazo,  
 Y enfermo, moribundo,  
 Volví amoroso al maternal regazo.

Al pasar por tu aldea,  
 ¡Recuerdo dulce, grato!  
 Fué mi ventura tanta,  
 Que al espirar el sol te hallé á mi paso.

Bella como las vírgenes  
 De Rubens y Ticiano.  
 No sé si amor ó culto  
 Al contemplarte te rendia estático.

De mi pecho en el fondo  
 Sonó un suspiro lánguido;  
 De otro suspiro el eco  
 Se oyó cruzar por el vacío espacio.

Con espontáneo impulso  
 Se unieron nuestras manos,  
 Y á un tiempo nos dijimos:  
 ¿Lo recuerdas aun? «¡Cuánto te amo!»

F. ALVAREZ UCEDA.

## LA ÚLTIMA NOCHE DEL AÑO.

(Traducción de Richter.)

Era la última noche del año. Un viejo recostado sobre la ventana, con el alma llena de angustia y de desesperacion, contemplaba el cielo azulado que le cobijaba y la quieta y anchurosa llanura que se extendia á sus ojos.

¡Ah! nadie era tan desgraciado como él aquella noche; á su vista veía ya la fosa; mas la fosa abierta por la nive de los años, no por la frescura de la bella juventud. De toda su larga vida solo conservaba el recuerdo de sus maldades y culpas, y su cuerpo achacoso y enfermizo, contenía un alma gastada, y sus años estaban llenos de amargos remordimientos. En su memoria, como mil fantasmas, se agitaban los hermosos dias de su juventud, y todo en él tornaba á revivir, y con placer recordaba el momento aquel en que su buen padre le señalaba, por primera vez, en el doble camino de la vida, las dos diferentes sendas que conducen, una, que es la de la virtud, á una tierra lejana, serena y apacible, llena de luz, de flores y de ángeles, y otra torcida, que lleva por las miserias del vicio á una profunda caverna, llena de serpientes, que con sus penetrantes silvidos estremecen al alma, sobre la cual, gota á gota, arrojan, con su aliento pestilencial y caliginoso, todo el veneno de sus entrañas.

¡Cuántas veces habia pasado aquella noche de nueva esperanza, y sonriendo habia visto un porvenir venturoso! Año nuevo vida nueva, se decia; mas sus firmes propósitos pronto caian, por desgracia, en el ovido, y por fin, sentia luego que por el cuerpo se le enroscaban las serpientes y le oprimian el corazon, y le ahogaban los vapores asfixiantes, é impotente saboreaba la ponzoña que, poco á poco, se introducía en su boca.

¡Oh! lleno de angustia, llevaba sus manos al cielo, y —«Dadme mis dias de juventud»—esclamaba con desesperacion—«¡Padre mio, padre mio, mostradme otra vez la doble senda de la vida para que pueda elegir!»

Mas ni su padre, ni su juventud existian ya. Miles de luces se veian cruzar errantes por las lagunas, que despues iban á apagarse al vecino cementerio.

«¡Hé ahí mis dias de locura!» exclamó, y una estrella desprendida del cielo, que perdida fulguraba por el espacio, brillando un momento cayó y se perdió en la tierra, mostrándole con amarga verdad su propia imagen.—«Ese soy yo», añadió con el pecho desgarrado y lleno de amargura; y los remordimientos se filtraron hasta lo mas profundo de su corazon.

Su ardiente fantasía formó entonces mil espectros que saltaban por cima de los tejados, los molinos de viento giraban estrepiosamente sus amenazantes aspas, y una hueca calavera perdida cerca de la mansión

de los muertos, poco á poco, fué tomando sus mismas facciones.

De pronto, á lo lejos se oye un repique de campanas; el campanario del pueblo con alegre són anuncia la llegada del año nuevo, todo se alza con nueva vida y alegría; mas este toque aun le entristece mas el alma, lanza su vista al lejano horizonte, contempla á sus pies la tierra, y pensando en los amigos de su juventud, que mas felices que él, son ahora dichosos padres de una numerosa familia, esclama acongojado: —«¡Ah! yo tambien hubiera podido pasar como ellos en dulce reposo la noche aquesta, si hubiera querido. Yo hubiera sido feliz. ¡Oh, mis queridos padres, si hubiera seguido vuestros saludables consejos!»

Y con febril imaginacion, exaltado con los recuerdos de la juventud, le hizo ver que la calavera se levantaba, y se dirigia por sus pasos al vecino cementerio trasformada en un hermoso jóven lleno de vida, salud y fuerza.

El viejo no pudo mas. Con las dos manos se cubrió el rostro, y lágrimas de fuego surcaron por sus mejillas, para ir á confundirse despues con la fria nieve. Mas fuera de sí, abatido y desaconortado, aun alentó para gritar: «Tornad, tornad, dias de mi juventud..... tornad!»

Y tornaron, porque todo habia sido un ensueño. Aun se vió jóven y lleno de vida; solo eran verdad sus maldades y sus culpas. ¡Oh, y con qué ternura de corazon dió entonces las gracias al cielo! A su paso se abrió el doble camino de la vida, cuando por fortuna era tiempo todavía para abandonar la senda de la culpa, y dirigirse por la de la virtud á la hermosa tierra de la bienaventuranza.

CONSTANTINO LLOMBART.

## A LA MEMORIA

DE LA SRTA. DOÑA DESAMPARADOS AMORÓS.

## ODA.

No mi lira, no el arpa del poeta,  
con lánguidos sonidos,  
pueden pintar la dolorosa pena  
que mi espíritu embarga y mis sentidos.

Nila inmensa amargura  
 que, de-hecha á los ojos, brota en llanto,  
 des que la muerte fria  
 clavó sus garras en tu tierno pecho,  
 y arrebatóle su mayor encanto  
 al ser que te dió vida  
 al que meció tu cuna con anhelo,  
 y miraba en tu frente  
 el dulce resplandor de su alegría.  
 En vano cruzó el éter trasparente  
 en alas del cariño,  
 el ruego paternal, y la ferviente  
 súplica de la madre contristada.  
 En vano del hermano y del amigo  
 fué la oracion sincera,  
 el triste ¡ay! la queja lastimera,  
 para que el Dios piadoso  
 te librara de trance tan odioso!  
 ¡Destino infortunado! ¡Suerte dura!  
 Por fin rendida del quebranto al peso,  
 voló tu alma á la céntrica morada,  
 llevada por los ángeles sin duda,  
 dejando tras su vuelo  
 dolor y eterno llanto,  
 honda estela de luto y desconsuelo.  
 ¡Amarga condicion! pobre criatura,  
 que apenas nace en lágrimas bañada,  
 con paso acelerado  
 camina hácia la tumba  
 por sendero penoso y escarpado,  
 de espinas y abrojos salpicado.  
 ¡Qué desgracia tan fuerte  
 Llorar cuando al nacer rie la muerte!....

¡Oh! tú, cándida virgen,  
 que en la region de lo infinito moras;  
 tú que del alto asiento  
 escuchas el lamento  
 del bardo que hácia tí su canto eleva;  
 tú, que ves la agonía  
 del que incesante por tu muerte llora;  
 dí si es verdad que la existencia encierra  
 desengaños, miserias y dolores,  
 dí si es la vida  
 nomas que un triste páramo desierto  
 que flota en el vacío!....  
 ¿Por qué llanto verter, cuando el destino  
 nos roba nuestro bien, nuestros amores,  
 nos roba el caro ser que idolatramos  
 con cariño inefable?  
 ¿Por qué llorar, si en el remoto cielo  
 goza el alma de dicha incomparable,  
 de paz y de consuelo?  
 Dichosa tú, que con la faz serena  
 llegarás al umbral del régio trono,  
 do tiene la bondad franca la entrada,  
 para gozar de la ventura eterna  
 que á tus virtudes el Señor prepara.  
 Descansa, pues, bajo la tumba fria,

que en ella al penetrar cesan los males;  
 pues la eterna existencia y alegría  
 patrimonio no fué de los mortales.  
 Descansa en paz, donde la parca impía  
 sepultó tus despojos materiales,  
 que si en polvo tu ser queda deshecho,  
 vivirá tu memoria en todo pecho.

FRANCISCO PEREZ.

## MOVIMIENTO LITERARIO.

El ilustrado editor de la córte D. Abelardo de Cárlos ha publicado una importante obra, debida a la elegante pluma de D. José de Castro y Serrano, la cual regala á los suscritores á sus publicaciones *La Ilustracion Española y Americana* y *La Moda Elegante*. Titúlase dicha obra *Cuadros Contemporáneos*, y en la imposibilidad de podernos ocupar de ella como merece en el pequeño espacio que destinamos para esta seccion, le consagraremos uno ó mas artículos cuando su lectura nos haya puesto al corriente de los asuntos de que trata, que hoy solo podríamos sucintamente bosquejar por haberla hojeado muy á la ligera.

Anúnciase como próxima una notable publicacion ilustrada, dada á luz por el conocido é infatigable editor D. Pascual Aguilar y redactada por dos jóvenes escritores de esta capital muy conocidos y apreciados del público. En su dia podremos dar mas detalles de esta nueva publicacion.

Los *Cuentos de salon* del apreciableísimo escritor y amigo D. Teodoro Guerrero están destinados á producir una semi-revolucion en la sociedad de nuestros dias, en la que, ó triunfa la mujer con su talento y hermosura, y los casamientos, hoy en crisis, continúan su ascendente carrera, ó los célibes recalcitrantes rompen por completo toda clase de negociaciones que conduzcan á la vicaría, y desprestigiando una institucion de sí ya bastante desprestigiada, consiguen espantar la idea del vínculo conyugal.—¡Y todo por un libro! Nadie podrá negar ya que el talento no lo domina todo.

X.